

NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA: HACIA UN HUMANISMO TEOLOGAL

NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA: TO THEOLOGICAL HUMANISM

Gómez-Rodas Carlos Andrés

Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín. Colombia

cgomezrodas@gmail.com

Resumen

El pensamiento de Nicolás Gómez Dávila, autor de origen colombiano, cuestiona los fundamentos de la modernidad, reivindicando el realismo metafísico y oponiéndose al principio de autonomía, que cimenta el proyecto de la Ilustración. El camino trazado en los escolios, notas y textos, conduce de la razón natural a la metafísica, para desembocar en la teología natural, confirmando la dirección ya trazada por la filosofía perenne de Platón, Aristóteles y los grandes autores medievales. Desde una perspectiva crítica, el presente artículo pretende verificar si las ideas gomezdávilianas permiten reconstruir el puente roto entre la tradición de la filosofía clásica y las ideas modernas, para devolverle su lugar a la razón y a las estructuras de la realidad, cuya indagación coherente abre paso a la pregunta por la trascendencia, posibilitando un nuevo diálogo entre la fe y la razón, entre la filosofía y la teología, entre la ciencia y la religión, que parecen desconectadas desde la *Aufklärung* (Ilustración), y más aún, desde la erección de los maestros de la sospecha como punto de partida y autoridad en un contexto postontológico, postmetafísico y postmoral. Por otro lado, el trabajo desarrollado en estas páginas tiene como finalidad presentar, desde el pensamiento gomezdáviliano, la necesidad filosófica de fundamentar una recta antropología metafísica en una idea clara sobre Dios, sin la cual, es imposible una idea clara sobre el hombre. Es a esto a lo que llamamos humanismo teologal.

Palabras clave: Modernidad, metafísica, Dios, hombre, humanismo

Abstract

The thought of Colombian writer Nicolás Gómez Dávila questions the foundations of modernity, by revindicating metaphysical realism and opposing the principle of autonomy, which sets the foundations for the Enlightenment project. The path set in the scholia, notes and texts leads natural reason to metaphysics, to fall into natural theology, confirming the direction outlined by the perennial philosophy of Plato, Aristotle and the great medieval authors. From a critical perspective, this article aims to verify whether the *gomezdávilian* ideas allow to rebuild the broken bridge between the tradition of classical philosophy and modern ideas, in order to restore its place to reason and reality structures, whose consistent inquiry gives way to the questioning for the transcendence, enabling a new dialogue between faith and reason, between philosophy and theology, between science and religion, which seem disconnected from the *Aufklärung* (Enlightenment), and further, since the uprising of the suspicion masters as a starting point and authority in a postontological, postmetaphysical and postmoral context. On the other hand, the tasks done and described in these pages have as main goal to present, from the *gomezdávilian* thought, the philosophical need to set the foundations for a straight metaphysical anthropology in a clear idea about *God*, without which it is impossible to have a clear idea about the *man*. This is what we call *theological humanism*.

Keywords: Modernity, metaphysics, God, man, humanism

*Licenciado en Filosofía y Letras. Candidato a Doctor en Filosofía. Profesor en la Universidad Pontificia Bolivariana - Universidad EAFIT. Líneas de investigación: Filosofía antigua, filosofía medieval, filosofía del Derecho, pensamiento cristiano.

Recibido: 16 de Julio 2015 / **Aprobado:** 25 de Octubre 2015

Introducción

“En las épocas en que Dios muere, el hombre se animaliza”

Nicolás Gómez Dávila. *Notas*

El camino que recorre el pensamiento moderno hasta la muerte de Dios, tiene en su raíz la antinomia entre teocentrismo y antropocentrismo, que presenta como antagonistas a Dios y al hombre.

En la década de los 40, el pensador ítalo-alemán Romano Guardini expresaba, en sus lecciones universitarias, lo dramático de esta ruptura de innumerables consecuencias en la actualidad:

Es significativo que la Edad Moderna trate también de desalojar al hombre del centro del ser. Para ella el hombre ya no se encuentra bajo la continua mirada de Dios, que abarca a todo el mundo, sino que es autónomo y puede hacer lo que quiera y dirigirse a donde quiera (...) la concepción moderna exalta al hombre a expensas de Dios, contra Dios. (1995, p. 73).

La carencia de fundamentos metafísicos firmes para la dignidad y los derechos del hombre demuestra, en plena posmodernidad, la necesidad de replantear las relaciones entre la persona humana y su fundamento trascendente, superando la oposición antes descrita en un humanismo teologal, que entiende al hombre, en todo su valor, como creación de un Dios personal, principio y fin de la aventura humana, pues “el hombre sólo tiene importancia si Dios le habla y mientras Dios le hable” (2005c, p. 198).

Esta perspectiva reconciliadora y de gran valor para responder a los desafíos gnoseológicos, éticos y políticos de un periodo que se ha denominado postontológico encuentra una valiosa fuente en el pensamiento de Nicolás Gómez Dávila, que se sostiene en un fecundo diálogo ferazón y sale con audacia al encuentro de la modernidad, cimentándose en los grandes maestros de la tradición filosófica occidental.

El escoliasta bogotano siempre reconoció claramente los pilares de su ideario: “El Occidente habrá muerto, cuando deje de ser la presencia de Grecia en un alma cristiana” (2005a, p. 111).

Desde una perspectiva crítica, el presente artículo pretende verificar si las ideas gomezdavilianas permiten reconstruir el puente roto entre la tradición de la filosofía clásica y las ideas modernas, para devolverle su lugar a la razón y a las estructuras de la realidad, cuya indagación coherente abre paso a la pregunta por la trascendencia, posibilitando un nuevo diálogo entre la fe y la razón, entre la filosofía y la teología, entre la ciencia y la religión, que parecen desconectadas desde la *Aufklärung* (Ilustración), y más aún, desde la erección de los maestros de la sospecha como punto de partida y autoridad en un contexto que, según algunos sectores del panorama filosófico contemporáneo, debe entenderse como postontológico, postmetafísico y postmoral.

Por otro lado, el trabajo desarrollado en estas páginas tiene como finalidad presentar, desde el pensamiento gomezdaviliano, la necesidad filosófica de fundamentar una recta antropología metafísica en una idea clara sobre Dios, sin la cual, es imposible una idea clara sobre el hombre. Es a esto a lo que llamamos humanismo teologal.

El hombre, un ser teologal

Gómez Dávila (2005d), afirmaba con lucidez que “hay verdades que se marchitan si las sacan al sol con frecuencia” (p. 105). Sus escolios pueden ser vistos, entonces, como un compendio de verdades cuyo valor resplandece ante la mirada de un lector agudo y crítico de la modernidad, que hace gala de una cultura universal y que desconfía de los entusiasmos colectivos y las vanguardias. No acudimos al pensador colombiano para gustar las mieles de la novedad, sino para encontrar, revitalizadas y llenas de belleza, las ideas de la filosofía perenne, pues “los

lugares comunes de la tradición occidental son la pauta que no engaña en las ciencias humanas” (Gómez Dávila, 2005e, p.49).

Si bien la muerte de Dios es uno de los grandes hitos de la filosofía moderna, Gómez Dávila no se inscribe cómodamente en el grupo de quienes aceptan esta idea como irrefutable. Con actitud antidogmática y queriendo ir más allá de los principios de autoridad, que cada tanto se erigen en la Historia de las Ideas, responde acertadamente que “siendo diálogo la filosofía, no hay razón para suponer que el último que opinó sea el que tiene la razón” (Gómez Dávila, 2005e, p.50) y aún con mayor audacia que “la muerte de Dios es opinión interesante, pero que no afecta a Dios” (2005a, p.349).

Es sabido que en los escolios no hay un desprecio por el pensamiento nietzscheano, al contrario, el filósofo de Sils Maria es reconocido por su clarividencia. Gómez Dávila (2005a) lo describe como “historiador inexacto, pero tal vez profeta” (p. 308). Sin embargo, a la trágica muerte de Dios, y con Él, de todos los fundamentos, contesta con una fe firme y una razón valiente y esperanzada: “ ‘Dios ha muerto’ exclamó ese Viernes Santo que fue el siglo XIX. Hoy vivimos en el atroz silencio del sábado. En el silencio de la tumba habitada. ¿En cuál siglo alboreará, sobre la tumba desierta, el Domingo de Pascua?” (2005a, p.357).

Habiendo vivido buena parte del siglo XX, Gómez Dávila pareciera descubrir que el fracaso de la razón instrumental, los intentos por fundamentar los Derechos Humanos en un consenso de mayorías y la pretensión bastante difundida de reducir religión y teología a la inmanencia, nos conducen, nuevamente, a las preguntas fundamentales por la dignidad de la persona humana, indagación que, realizada con rigor y sin rodeos, termina desembocando en teología natural: “El que habla de las regiones extremas del alma necesita pronto un vocabulario teológico” (Gómez Dávila, 2005a, p.357). Y en efecto ¿Cómo fundar el

valor del hombre y sus derechos si Dios es un mero postulado de la razón y no un ser personal? Con su insolencia característica, el solitario sabanero nos lanza uno de sus dardos: “Lejos de garantizar a Dios, la ética no tiene suficiente autonomía para garantizarse a sí misma” (2005a, p.86).

Reflexionando en torno al tema de la justicia y el derecho ajeno, el filósofo alemán Josef Pieper (2000) confirma a su contemporáneo cuando señala:

(...) debería realizarse en la sociedad y mantenerse viva la idea de que al hombre, en última instancia, le pertenece algo inalienable, porque tras el hombre está una instancia puesta fuera de toda humana discusión, porque, dicho de otra forma y más claro, el hombre ha sido creado por Dios como persona. Este y no otro es el único fundamento, en último término válido, del carácter incondicional del deber de justicia. (p. 192-193).

Para Gómez Dávila la persona es por su propia naturaleza, un ser teologal, una creatura abierta a lo trascendente, al diálogo, a la comunicación. El encuentro con un Tú divino sella, constitutivamente, al ser humano. En su filosofía y en su teología, todo hombre posee en el fondo de su alma un hambre de eternidad que se resuelve sólo en el encuentro con un ser personal que da sentido a su existencia: “Dios es la verdad de todas las ilusiones” (Gómez Dávila, 2005b, p.81), “El deseo cree desear lo que desea, pero sólo desea a Dios” (*Ibid.*), “Dios no es objeto de mi razón, ni de mi sensibilidad, sino de mi ser. Dios existe para mí en el mismo acto en que existo” (2005a, p.230).

Así pues, la indagación metafísica del autor lo lleva a concluir que, solo entendiendo al hombre como creatura surgida del amor sobreabundante de Dios, puede garantizarse y tener un suelo estable su infinito valor. La persona debe ser respetada, más allá de toda legislación, todo pacto o toda decisión arbitraria, en último término, por su condición divina. En eso, Gómez Dávila (2005e) no es

ambiguo ni intenta parecerlo: “El hombre solamente es importante si es verdad que un Dios ha muerto por él” (p.59) “Hay que creer en Dios para poderles atribuir importancia a las cosas” (2005d, p.105).

Creatividad o Angustia. Nicolás Gómez Dávila, un testigo del siglo XX

Son muchos quienes definen la segunda posguerra como un periodo de angustia, de penuria, de desazón. Han desaparecido los grandes metarrelatos y toda esperanza en el hombre porque la racionalidad moderna no cumplió con sus promesas, olvidó el ser y terminó llevando a guerras fratricidas en las que pudimos evidenciar la capacidad destructiva de nuestra especie. No gratuitamente, el pensamiento posmoderno está marcado por un radical escepticismo sobre la existencia de la verdad o el bien, de la realidad misma en sentido metafísico, o por lo menos, sobre la capacidad humana de conocerlos. Siempre ha resultado paradigmática la perspectiva de Michel Foucault (1968) al respecto:

A todos los que quieran todavía hablar del hombre, de su reino y de su liberación, a todos los que se preguntan todavía sobre qué es el hombre en su esencia, a todos los que quieran apoyarse en él para acceder a la verdad (...), a todas estas formas de reflexión deformes y alteradas, no podemos más que contraponer una risa filosófica, es decir, en parte silenciosa. (p. 333).

El relativismo gnoseológico y moral, la depresión como enfermedad de nuestro tiempo, la falta de horizonte vital en la existencia de muchas personas —sobre todo jóvenes— y la incertidumbre generalizada sobre el futuro de nuestras sociedades son manifestaciones de una crisis global, crisis del hombre que a su vez es evidencia de un tiempo marcado por la desesperación y la angustia.

Se ha relacionado a Gómez Dávila con Emil Cioran (1911-1995) por el estilo aforístico que los distingue, sin embargo, los

conceptos de angustia y desesperación como asuntos que ocupan a la filosofía, también permiten construir un puente entre ambos pensadores. Para el rumano, el más primitivo aullido de desesperación es más significativo y revelador que el más riguroso, complejo y elocuente raciocinio lógico. El aullido de este pensador es el lamento de quien no le perdona a Dios su inexistencia. La desesperanza de Cioran, hijo de un sacerdote ortodoxo y de una mujer incrédula, hunde sus raíces en un radical ateísmo, pero sigue reconociendo, en un ser superior, la posibilidad de gozo que el mundo no puede darle.

Sin Dios, la soledad sería un alarido o una desolación petrificada. Pero con Él, la nobleza del silencio atempera el desvarío que nos produce la falta de consuelo. Cuando ya lo hemos perdido todo, recobramos la calma eternizando nuestros sueños bajo los desnudos árboles de sus alamedas. Sólo el pensar en Él me mantiene de pie. Cuando extirpe mi soberbia, ¿podré acostarme en su cuna misericordiosa y profunda y adormecer mis insomnios consolado por su vigilia? Más acá de Dios sólo nos queda el anhelo por Él. (Cioran, 1995, p. 224).

No obstante, al igual que Camus, Cioran renuncia a la esperanza por implicarle creer en una divinidad. Claramente prefiere un orgullo desesperado o una desesperación orgullosa:

Cuanto menos esperanzas tenemos, más orgullosos somos, hasta el punto de que orgullo y desesperación se desarrollan juntos, siendo como son indiscernibles entre sí incluso para un observador clarividente. El orgullo nos prohíbe esperar, buscar una salida fuera del abismo del yo, y la desesperación se da aires sombríos, sin los cuales el orgullo sería un juego mezquino o una ilusión lamentable. (Cioran, 2002, p. 109).

No es descabellado afirmar que “don Colacho” suscribiría muchas de las ideas de Cioran, e incluso es probable que lo haya leído. Entre los dos hay una secreta

fraternidad, pues miran con malicia y suspicacia la exagerada confianza que la modernidad ha puesto en el hombre: “Cualquiera que no confíe en el hombre resulta, en el fondo, cristiano” (Gómez Dávila, 2005a, p.51), pero, sería equivocado afirmar que el colombiano se identifica con el pesimismo antropológico de Cioran, pues Gómez Dávila entiende que la verdadera imagen del ser humano logra hacerse vida cuando este, renunciando a la pretensión orgullosa de autofundarse, se reconoce como creatura. “Depender sólo de la voluntad de Dios es nuestra verdadera autonomía” (Gómez Dávila, 2005a, p.58).

Paradójicamente, renunciando a ser Dios y a una autonomía absoluta, el hombre encuentra su condición divina y su inmensa dignidad: “La conciencia de nuestra dependencia, de nuestra impotencia, de nuestra insignificancia, la conciencia, en fin, de nuestra condición de creatura, nos salva de la angustia y del tedio. Para quien se postra el mundo fluye en una secreta primavera” (Gómez Dávila, 2005a, p.177).

Si se recuerda, con Gómez Dávila, que “el hombre se vive a sí mismo como angustia o como creatura” (2005a, p. 138), el camino que comparten estos casi coetáneos se divide cuando uno prefiere vivirse como angustia y el otro como creatura, pero la creaturidad en Gómez Dávila no reduce la centralidad y grandeza de lo humano, sino que es su única condición de posibilidad pues “tan sólo para Dios somos irremplazables” (Gómez Dávila, 2005b, p.280) y además, “todo es trivial si el universo no está comprometido en una aventura metafísica” (Gómez Dávila, 2005b, p. 30).

Frente a la insipidez de la vida contemporánea, que, a cada momento, debe buscarse estímulos y sucedáneos, las palabras de Gómez Dávila resultan iluminadoras: “Dios es la razón del sabor en la cosa que deja de ser insípida” (Gómez Dávila, 2005b, p. 32). De esta manera, la pregunta por Dios permite un nuevo planteamiento

antropológico, la centralidad de lo divino no se opone a la centralidad humana y, usando categorías agustinianas, tal vez el verdadero amor del hombre a sí mismo esté en la ciudad de Dios, que es simultáneamente la ciudad de la *epimeleia heautou* (cuidado de sí), de una ética en la que el hombre busca construir una vida noble y bella, una obra de arte: “La kalokagathia no se desintegra finalmente sino con la autonomía moderna de la ética. La catedral cristiana difiere del templo helénico, pero el bonum y el pulchrum no se divorcian en clima religioso” (Gómez Dávila, 2005d, p.187).

Conclusión

La falsa antinomia entre antropocentrismo y teocentrismo se ve superada en el pensamiento de Nicolás Gómez Dávila, quien nos advierte sobre los peligros de abandonar el patrimonio antropológico del *ethos* cristiano, en el que se sostiene nuestra cultura. La única salida posible a teocracias vinculadas al despotismo no es la implantación de una teocracia laicista, en la que se niega de modo tajante la dimensión trascendente del hombre. Esta idea no es nueva, incluso, puede decirse que es manida, repetida, poco original y hasta anacrónica, a lo cual, hay que responder con el autor que nos convoca: “Nadie piensa seriamente mientras la originalidad le importa” (Gómez Dávila, 2005a, p.126).

Las ciencias humanas, en su interés por la persona, están en la responsabilidad de dejar abierta la pregunta por lo sobrenatural, sin intentar responder de modo definitivo con un “no”, mientras que la teología y las religiones están invitadas a no ocultar la riqueza filosófica de sus doctrinas. En ese diálogo se encuentra la posibilidad de una verdadera laicidad, de una sana secularidad, que no es secularismo. Desde Latinoamérica, desde los Andes, desde la sabana bogotana, un creyente convencido, practicante y sin complejos, se atrevió a hablar de lo que pocos hablan hoy. Para cerrar con broche de oro, concluyamos con un escolio a manera de síntesis:

La religión no es socialmente importante porque pueda servir de convicción común e integrante a una sociedad entera. Grave socialmente es la desaparición de convicciones religiosas porque la pérdida del sentido de la trascendencia desequilibra y perturba todos los actos humanos. (Gómez Dávila, 2005e, p.85).

Pieper J. La fe ante el reto de la cultura contemporánea. Trad. de Juan José Gil Cremades. Madrid: RIALP. 2000, 281 p.

Agradecimientos

Me permito agradecer, de modo especial, a mi querido amigo, el Dr. José Miguel Serrano-Ruiz Calderón, docente titular de Filosofía del Derecho, en la Universidad Complutense de Madrid y autor, entre otros artículos y libros, del maravilloso texto “Democracia y nihilismo. Vida y obra de Nicolás Gómez Dávila”, publicado por la editorial EUNSA. Sus precisiones, correcciones y sugerencias han sido de gran valor.

Referencias bibliográficas:

- Cioran E. De lágrimas y de santos. Trad. de Rafael Panizo. Barcelona: Tusquets. 2002, 113 p.
- Cioran E. El ocaso del pensamiento. Trad. de Joaquín Garrigós. Barcelona: Tusquets.1995, 303 p.
- Foucault M. Las palabras y las cosas. Trad. de Elsa Cecilia Frost. Buenos Aires: Siglo XXI editores. 1968, 375 p.
- Gómez Dávila N. Escolios a un Texto Implícito Tomo I. Bogotá: Villegas editores. 2005a, 391 p.
- Gómez Dávila N. Escolios a un Texto Implícito Tomo II. Bogotá: Villegas editores. 2005b, 405 p.
- Gómez Dávila N. Nuevos Escolios a un Texto Implícito Tomo I. Bogotá: Villegas editores. 2005c, 199 p.
- Gómez Dávila N. Nuevos Escolios a un Texto Implícito Tomo II. Bogotá: Villegas editores. 2005d, 207 p.
- Gómez Dávila N. Sucesivos Escolios a un Texto Implícito. Bogotá: Villegas editores. 2005e, 157 p.
- Guardini R. El fin de la modernidad. Trad. De José María Hernández. Madrid: PPC, 1995